

De repente, y ya cerca de Béze, supo que los españoles se habían apresurado á pasar el Saone, y que se les veía á poca distancia. Se adelantó también, y sin pensarlo se encontró frente á todo el ejército enemigo. El mariscal de Birón, que fué el primero que avistó á los españoles, los cargó furiosamente y empezó á desordenarlos. Enrique IV, que los vió titubear, se adelantó seguido de un puñado de nobles y de 200 caballos. Los enemigos tenían 12.000 hombres alineados en batalla; felizmente no creyeron que sus adversarios eran tan solamente los que veían, y temiendo un ardid de guerra, se intimidaron y titubearon. Bien pronto la pelea fué espantosa. Aquel puñado de valientes, casi sin armas, combatiendo con la cabeza desnuda, y puestos de improviso en medio de un ejército, multiplicaban sus golpes para disimular su pequeño número. En Arques, en Ivry, Enrique IV había combatido por la gloria; en Fontaine-Française combatió por la vida. Por lo demás, tampoco combatió nunca mejor, el peligro le electrizaba; á un tiempo atrevido y prudente, lleno de fuego y de sangre fría, excitando á sus tropas y conteniéndolas, parecía tan admirable General como bizarro soldado. Los señores borgoñones le rodeaban haciendo prodigios de valor. El Mariscal de Birón recibió una cuchillada; al Barón de Luz le mataron el caballo. La Curée, Conde de Montbard, iba á ser atravesado de un lanzazo, cuando el Rey le gritó: «¡Cuidado, Curée!» En lo más recio del combate, Enrique IV toma de la mano al Marqués de Mirabeau, y le grita: «¡Carga ahí!» Lo hace, y en el momento el enemigo aclara sus filas y se aparta. Pero nadie llamó más la atención del Rey que el Barón de Chantal: estaba en todas partes; Enrique IV, que quería estar el primero al frente del enemigo, y que en medio de la pelea decía á sus caballeros: «¡Deteneos, señores!, quiero lucirme», le encontraba siempre á su lado. En una circunstancia

de la batalla, el joven Barón dió una carga tan oportuna, que contribuyó mucho al feliz éxito de este día. Enrique IV le proclamó en alta voz la tarde misma de la batalla, y para manifestar al Barón de Chantal su reconocimiento y el aprecio que hacía de sus servicios, le propuso que le acompañase á París, y le dió una pensión de 1.200 escudos y la promesa de grandes honores (1).

Fácil es imaginar la alegría de la señora de Chantal con estas noticias. La gloria de su esposo, gloria tan pura, la llegaba al corazón; además la derrota de los extranjeros, el triunfo de las armas francesas, el restablecimiento de la Religión católica, la paz de un país turbado tantos años hacía, y todos estos dichosos frutos de una victoria debida en parte á su marido, ¿podían no entusiasmar á un alma como la suya?

La vuelta de Enrique IV á Dijón fué acompañada de fiestas brillantes, en las cuales acabó de ganar todos los corazones. Poseía en grado eminente las cualidades mezcladas de defectos que forman el encanto y son lo peligroso del carácter francés; ese genio abierto, esa risa franca, ese talento vivo, ligero, malicioso y lleno de arranques que han tenido siempre tanto imperio en nuestro país.

El Barón de Chantal, que formaba parte de la comitiva el día de la entrada solemne, alcanzó licencia para salir al día siguiente y marchar á Bourbilly á ver á su querida esposa. Había sido herido en la batalla de

---

(1) *Genealogía manuscrita*, por Bussy-Rabutin. «El Barón de Chantal se señaló particularmente en el combate de Fontaine-Française, donde fué gravemente herido á vista de Enrique IV, y según confesión del mismo Príncipe, contribuyó no poco á la victoria. El modo con que el Rey habló del Barón de Chantal al salir de la batalla, le hizo más honor, en opinión de los justos apreciadores de la gloria, que los bastones de mariscales á muchos de los que los obtuvieron en este reinado. En aquel tiempo, lo mismo que en éste, estas honrosas recompensas no eran siempre para los más dignos, sino para los más felices.»

Fontaine-Française, pero no quiso que lo supiese por no alarmarla. Algunos días de descanso en el seno de la más pura alegría le restablecieron enteramente, y le permitieron ir á Semur, donde le esperaba el Presidente Fremiot, que le había escrito se reuniese allí con él.

Todo se preparaba, en efecto, para la partida del Parlamento de Semur y de Flavigny, y el Barón de Chantal debía con sus tropas formar parte de la escolta. El viaje y, sobre todo, la entrada en Dijón, fué un verdadero triunfo. Enrique IV recibió con los mayores honores á estos valerosos magistrados y los proclamó «Padres de la patria», colmando en particular de reales distinciones al noble Presidente Fremiot. «Caballero—le dijo el Rey,—habéis sido tan buen primer Presidente en Flavigny, que deseo seáis también aquí el primero.—No quiera Dios, Señor—respondió el Prsidente Fremiot,—que éntre yo en el empleo de otro mientras viva el que lo ejerce. El primer Presidente es buen católico y servirá bien á V. M.» No pudiendo conseguir el que cediese, quiso Enrique IV que por lo menos los correos fuesen á casa del Señor de Fremiot, y que se le entregasen todos los despachos reales; pero este insigne magistrado usó con tanta modestia de este favor, que jamás abrió despacho real ninguno sin haberle llevado antes al primer Presidente.

Al otro día de esta escena, en que la modestia y grandeza de alma del Sr. de Fremiot brillaron con tanto esplendor, prendieron y llevaron delante de Enrique IV á un consejero acusado de concusiones y perfidias. Era el mismo que durante las guerras de la Liga, habiendo hecho prender al hijo del Presidente, amenazó al desgraciado padre con que le enviaría en un saco la cabeza de su hijo. Cuál no fué la admiración de todos, y aun del mismo Rey, viendo venir al Sr. de Fremiot para pedir el perdón de su enemigo, abogando en su favor con tan-

ta elocuencia y con tan sólidas razones, que Enrique IV exclamó conmovido: «Presidente, conozco que es menester que mi clemencia se junte á vuestra bondad; queréis la vida de vuestro enemigo, y yo os la concedo.» Recreándose un día el Rey con algunos señores, y hablándose de los pasados acontecimientos, se volvió repentinamente hacia el Sr. de Fremiot, y le dijo: «Presidente, ¿qué hubierais hecho si yo hubiese permanecido hugonote?—Señor—respondió éste con el aire firme y modesto que tan bien le sentaba,—confieso que si V. M. no hubiese gritado: ¡Viva la Iglesia romana! tampoco habría yo gritado jamás: ¡Viva el Rey Enrique!» Echándose á reir Enrique IV, se volvió hacia un Mariscal de Francia, favorito suyo, y le dijo: «Si queréis hacer alguna picardía, buscad para que os ayude á otro que no sea el Presidente Fremiot.»

No fué únicamente la estimación de Enrique IV la recompensa de los sacrificios y noble conducta del Presidente Fremiot; vió al Parlamento hacerle, en fin, justicia, y confiarle las más delicadas comisiones; vió al mismo pueblo, tan largo tiempo engañado, y que había saqueado su casa, volver á él, por ese sentimiento de equidad que tarde ó temprano revive en el fondo de las masas, acogerle con gritos entusiastas, elegirle unánimemente alcalde de Dijón y llevarle en triunfo á su casa (1).

En medio de estas escenas, que abreviamos con sen-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 7.—*Proceso de canonización*. Véanse muchas declaraciones, y sobre todo las de la Madre Favre de la Charmette.—*Memorias inéditas* del consejero Breunot. En ellas encontramos mil pruebas de la creciente influencia del Presidente Fremiot, y tanto más preciosas, cuanto que están escritas de mala gana; porque no debe olvidarse que el consejero Breunot era uno de los más ardientes partidarios de la Liga, quien siempre estuvo en contra del Presidente Fremiot, á quien jamás perdonó ni su bella conducta, ni menos el buen éxito de ella; y en consecuencia, es menester desconfiar respecto del aprecio y juicio que podía hacer del Presidente Fremiot.

timiento, porque el conocimiento del bello carácter del señor de Fremiot nos da acerca del de su hija mucha luz, ¿qué hacía la Baronesa de Chantal? ¿Estaba en casa de su padre cuando se hospedó en ella el Mariscal de Birón? ¿Hizo los honores cuando Enrique IV tuvo á bien estar en ella? ¿Volvió de Semur á Dijón siguiendo la comitiva triunfal que presidía su padre y escoltaba su esposo? No es posible dudarle. Y cuando se piensa lo que era la señora de Chantal en el mundo, la gravedad amable, la modestia y dignidad de su porte, ocurre preguntar cómo aparecería en día tan señalado, entre tantos honores, en medio de todos estos regocijos de un padre, de un marido, de su patria y de la Iglesia. Pero la humildad de la Santa ha echado un velo sobre todo esto.

Por lo demás, no hizo más que aparecer en Dijón. Enrique IV dejó muy pronto la Borgoña, llevó consigo al Barón de Chantal, y nuestra Santa volvió sola á Bourbilly.

Su despedida fué muy triste y penosa, porque hacía un año que todo parecía juntarse para aumentar el profundo y firme afecto que unía á estos esposos: la larga ausencia del Sr. de Chantal, los peligros á que acababa de estar expuesto, la herida que había recibido en Fontaine-Française, las nobles y brillantes cualidades que había desplegado, y sobre todo los afectuosos cuidados que le había prodigado su querida compañera. Tal vez también, acercándose la gran prueba, Dios mismo dejaba á estas dos bellas almas saborear la ternura de su dulce unión para que pudiesen gustar, en los pocos días que les quedaban aún, todos los consuelos é inocentes delicias de que eran tan dignas.

Sea lo que quiera, todos los historiadores están acordados en que en esta época había una cosa indefinible en la unión ya tan dulce de estas grandes almas, que le daba un carácter nuevo y más profundo. «En este tiempo—dice uno de los testigos—se daban uno á otro tales

muestras de la unión de sus corazones, que se veía bien que eran un alma sola en dos cuerpos distintos.» «En el año que el Sr. de Chantal estuvo curándose de la herida que recibió en Fontaine-Française—dice otro testigo—pasó muchos meses en Bourbilly al lado de la venerable sierva de Dios, la cual en todo este tiempo le dió muchas muestras de no tener en el mundo más afectos ni complacencias que en él, y por su parte el Barón la correspondía con tal ternura, que todos los vecinos estaban admirados (1).»

Pero lo que prueba mejor que estos testimonios el aumento de cariño de que hablo, es la especie de escrúpulo que asaltó á la Santa Baronesa después de haber marchado su esposo á la corte.

Aunque la señora de Chantal había llegado ya á un alto grado de virtud, jamás, no obstante, había podido dominarse para moderar la alegría que la causaba la presencia de su esposo, á fin de no aflojar en el servicio de Dios. Recuérdese lo que sobre esto dice Bussy: «Cuando el Sr. de Chantal estaba en la corte, se daba toda á Dios; pero cuando volvía á su lado, se daba toda á él. Cuando estaba de vuelta, la alegría de volverle á ver y de divertirse, el gusto de complacerle, el deseo de agradarle y tenerle distraído, la hacían tener siempre gente en su casa, é insensiblemente se relajaba en sus prácticas de devoción, á las cuales volvía en la primera ausencia de aquél.»

La Madre de Chaugy dice lo mismo. «Cuando este querido esposo estaba de vuelta, la gran complacencia que con él sentía nuestra bienaventurada, hacía que olvidase sus acostumbradas devociones y sus oraciones diarias.»

Nunca había sido mayor su alegría, ni nunca se ha-

---

(1) *Proceso de canonización.*—Declaraciones de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Luisa de Allier.

bía abandonado á ella tan completamente; y es muy probable que jamás habrían sufrido tanto sus piadosos ejercicios. Así, cuando partió su esposo con Enrique IV, y vuelta á Bourbilly se encontró sola bajo los grandes árboles de su castillo, con sus hijos, sus pobres, su vida recogida, uniforme y ocupada en la oración y caridad, la hizo reflexionar cuánto se había entibiado con Dios durante la estancia del Barón á su lado, y el pesar que de esto la resultó la hizo tomar medidas oportunas para que el amor de su esposo no hiciese daño ni la entibiase en el de Dios. «Habiendo conocido—dice uno de los testigos—que había casi olvidado algunas prácticas de piedad mientras su marido estaba de vuelta, porque se había dejado llevar demasiado de la alegría que su presencia le causaba, formó la firme resolución de ser fiel á los ejercicios de piedad que se había propuesto, estuviese ó no presente su esposo (1).»

Tomada su resolución, empezó á ejecutarla; y como sucede á todas las almas que se abandonan enteramente á Dios, se vió al instante inundada de luces, sintiendo vivísimos deseos de darse toda á su Criador. «En cuanto el Sr. de Chantal se iba—dice la misma Santa—sentía en mi corazón grandes afectos de ser toda de Dios. Mas ¡ay! no sabía aprovecharlos, ni reconocer la gracia que el Señor me hacía, y acababa—dice con sencillez encantadora—todas mis oraciones con el pensamiento de este querido esposo, rogando al Señor me le conservase y trajese pronto á mi lado.»

Mientras el recuerdo del Sr. de Chantal ocupaba el corazón de nuestra Santa, hasta en medio de sus oraciones y elevados deseos de perfección, éste, entre los honores de la corte, no pensaba tampoco sino en su amada compañera. La ausencia de la que amaba entrañablemente echaba para él un triste velo sobre las fiestas

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, art. XVIII.

más espléndidas, á las que no asistía sino con el cuerpo. Como tenía mucha gracia para la poesía, explicaba su tristeza en versos, que las primeras Madres de la Visitación conservaron largo tiempo, pero que ya no se encuentran. En la última copla de una de estas poesías, protestaba que, el sólo pensamiento de las virtudes de su santa esposa, imprimía en su alma el desprecio de todas las vanidades y grandezas de la corte. Probablemente á este recuerdo, como á la dignidad y elevación de su carácter, debió, poco después de su vuelta á París, dar un paso que bastaría para honrar y conservar su nombre hasta la más larga posteridad. De solos treinta y cinco años, en la madurez de la edad y del talento, renunció á la esperanza de verse condecorado con el bastón de mariscal de Francia, por no obedecer una orden que creía injusta (1). Dejó con esto la corte, y volvió á Bourbilly á consolarse con el amor de una Santa, de la privación de unos honores que el mundo quería hacerle pagar muy caro.

Una recompensa inestimable, sobre todo á los ojos del cristiano, le esperaba en Bourbilly. Dios iba á manifestar en su presencia la santidad de su querida esposa, coronándola, tan joven aún, con la aureola de los milagros. Comenzaba el invierno de 1600 á 1601, tan tristemente célebre por el hambre terrible que arruinó el reino, y sobre todo á la Borgoña. Muchos pobres mu-

(1) Todos los testigos y los historiadores están acordes en este punto. «Al principio del año 1601—dice la Madre de Chaugy—el Sr. de Chantal se retiró de la corte para no verse obligado á obedecer una cosa que creía injusta. Si hubiera querido quedarse, se pensaba en hacerle Mariscal de Francia, tanto por su mérito, como en consideración al Presidente Fremiot, su suegro.» (*Memorias*, pág. 23.) El P. Fichet habla lo mismo (véase la *Santa vida de la Madre Chantal*, cap. VII), así como la Hermana María Filiberta de Monthoux. (Véase su Declaración, *super art. XIX.*) La Hermana Valentina de Bellait va más lejos, y atribuye esta determinación del Barón de Chantal á la impresión de piedad que su santa esposa había producido sobre él. (Véase su Declaración *super art. XIX.*)

rieron de hambre, y otros, pálidos y lívidos, se arrastraban por los caminos, arrancando algunas hierbas silvestres, ó disputándose los despojos corrompidos de los animales muertos. La Baronesa de Chantal, que desde niña amaba tanto á los pobres, se sintió movida de compasión, y anunció que diariamente daría una limosna de sopa y de pan á cuantos se presentasen. Acudieron de seis leguas á la redonda, y se juntaron en número grandísimo á las puertas del castillo. Para que hubiese más orden en esta distribución, el Sr. de Chantal, á ruegos de su santa esposa, hizo abrir otra puerta en el patio, y mandó que los pobres entrasen por una y saliesen por otra. Sucedió á veces que los pobres tomaban su ración, y luego, dando prontamente la vuelta al castillo, volvían otra vez para alcanzar otra. La Santa lo conocía, pero jamás tuvo valor para humillarlos manifestándoles que no la engañaban. «Dios mío—decía á cada instante,—estoy como mendiga á la puerta de vuestra misericordia. ¿Quisiera yo verme rechazada á la segunda ó tercera vez? Mil y mil veces sufrís benignamente mi importunidad, ¿por qué no he de sufrir yo la de mi prójimo?»

No contenta con esta caridad, transformó en algún modo su castillo en hospital, y con el consentimiento de su esposo, hizo preparar un número considerable de camas para los enfermos, y sobre todo para las pobres amas de cría, que, muriéndose de hambre, no podían dar de mamar á sus niños. «En este mismo tiempo de carestía y escasez—dicen muchos testigos,—la dicha señora, impulsada por su gran caridad, hizo venir á su castillo á todas las mujeres que estaban criando en Bourbilly, y las alojó con los niños y sus cunas en un gran cuarto, próximo á la capilla de Santa Margarita, donde tenía mucho cuidado de que rezasen, dándolas todos los alimentos que necesitaban. Y, no contenta con esto, enviaba todos los días una libra de pan á cada

persona de las casas de estas mujeres, para que comiesen sus maridos y los demás hijos (1).»

Para poder seguir en este ejercicio de caridad, la señora de Chantal hizo construir á toda prisa, en una de las dependencias del castillo, *el horno de los pobres*, que ha subsistido hasta estos últimos tiempos, siendo objeto de veneración, y cuyas vastas dimensiones eran motivo de admiración para todos los peregrinos. Tenía 15 pies de ancho, y podía contener hasta 30 fanegas; y aunque estaba destinado únicamente para cocer el pan de los pobres, y se encendía cuatro veces á la semana, muchas veces no bastaba (2).

La desconfianza nace pronto en tiempo de hambre. Muchos criados de la casa principiaron á murmurar entre sí sobre la imprudencia de la señora de Chantal. Estas quejas, contenidas primero, algo menos secretas después, estallaron, en fin, en el momento en que fué preciso tomar de las últimas provisiones. Excitada, pues, por las murmuraciones de sus criados, la joven Baronesa subió á sus graneros para calmar el espanto que les causaba ver disminuir las provisiones. No quedaba más que un tonel de harina y un poco de centeno.

Era á mediados de invierno, y el número de los pobres aumentaba todos los días. La señora de Chantal levantó los ojos al cielo, y con el corazón lleno de una santa confianza, mandó á sus criados sacasen á manos llenas y distribuyesen á los pobres sin cuenta ninguna.

(1) *Proceso de canonización.* Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) Véase lo que se lee en el proceso de canonización de la Santa. «Y además, yo, notario apostólico, habiendo ido al trascorral de dicho castillo de Bourbilly á requerir al Sr. Poussy, con los testigos que firman abajo la presente acta, el dicho Sr. Poussy me ha hecho ver también un horno para cocer el pan, que puede contener casi 30 fanegas, teniendo 15 pies de ancho, que el dicho Sr. Delamaison y otros que antes han hecho sus declaraciones, aseguran haber sido construido por los cuidados de dicha señora Francisca Fremiot, para hacer cocer el pan de los pobres, á fin de hacer diariamente sus limosnas.»

Así se hizo durante seis meses, y cuando se trajeron los granos nuevos, se vió con admiración que no había disminuído aquel montoncito de harina. Este fué el primer milagro de la señora de Chantal, y todo el país, testigo de ello, no lo ha olvidado aún. «Habíamos oído contar este hecho como un verdadero milagro—dice la Madre de Chaugy,—y habiendo rogado á nuestra bienaventurada Madre nos contase cómo había pasado, nos lo dijo del mismo modo que lo hemos dicho, añadiendo, con su grande humildad, que había atribuído siempre esta gracia á la gran virtud y devoción de una criada suya llamada Juana, en cuyas oraciones fiaba mucho» (1).

Los historiadores no cuentan más que este milagro; pero de las indagaciones hechas para la canonización de la Santa, resulta otro milagro de la misma especie, hecho anteriormente, y tal vez más brillante aún. «En este tiempo—dice un testigo,—durante dos años de carestía y escasez, la dicha señora redobló sus socorros y acostumbradas limosnas de tal modo, que por dos veces dejó sin granos sus graneros. Un día vinieron tres ó cuatro pobres al expresado castillo de Bourbilly para pedir limosna á la dicha señora, y ésta mandó á su criada, Margarita Potot, fuese por grano al lugar donde se guardaba, para dárselo á estos pobres. La Potot respondió que no había ni uno, y que era tan cierto, que había barrido la víspera el lugar en que estaba. No obstante esto, la señora insistió en llevar á la Potot al mismo lugar y con la misma orden, y habiendo ido por obediencia, quedó sorprendida encontrando mucha cantidad de grano, aunque no había dejado ninguno la víspera, cosa que admiró á toda la casa y á los habitantes de Bourbilly. Y esto lo ha oído decir la dicha Poutiot,

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 19. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *super art.* XXIV.

no sólo á Margarita Potot, criada de la dicha señora, sino también á los criados del castillo expresado, donde ella iba á menudo, porque vivía en el corral de las ovejas del dicho castillo.» (1)

Otro testigo, la propia nuera de Margarita de Potot, la criada en cuya presencia pasó el milagro, da casi iguales detalles. Declara «que ha oído decir á Margarita Potot, su suegra, que un día la señora de Chantal le dijo fuese por grano al lugar acostumbrado, para dar á unos pobres que estaban á la puerta del castillo; le respondió que no había ninguno, porque de orden suya lo había dado la víspera á los pobres; pero habiéndole vuelto á decir dicha señora: «Id por amor de Dios,» fué la Potot por obediencia, y encontró en el dicho lugar gran cantidad de grano, lo que la causó mucha admiración. (2)

La Madre Favre de Charmette, que cuenta también este hecho en su declaración, tiene mucho cuidado de distinguir bien esta multiplicación milagrosa del trigo de la misma multiplicación de harina que sucedió después; y añade además la importante circunstancia de que al abrir Margarita Potot la puerta del granero, le encontró tan lleno de granos, que la costó trabajo entrar. «Aseguro—añade—que he sabido estos dos hechos milagrosos por algunas antiguas religiosas de la Visitación, á las cuales se los habían contado como testigos oculares de los dos prodigios las criadas de la Santa» (3).

¡Cuánto hay que desconfiar del testimonio de los Santos cuando hablan de sí mismos! No obstante, estos años, señalados con tan heroicas virtudes y honrados con tales milagros, son los que la señora de Chantal

(1) *Proceso de canonización*. Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) *Ibid.* Declaración de los mismos.

(3) *Ibid.* Declaración de la Madre Favre de Charmette.